



CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS  
Colección "MONOGRAFIAS"

J. Vidal Beneyto  
ALTERNATIVAS POPULARES  
A LAS COMUNICACIONES DE MASA

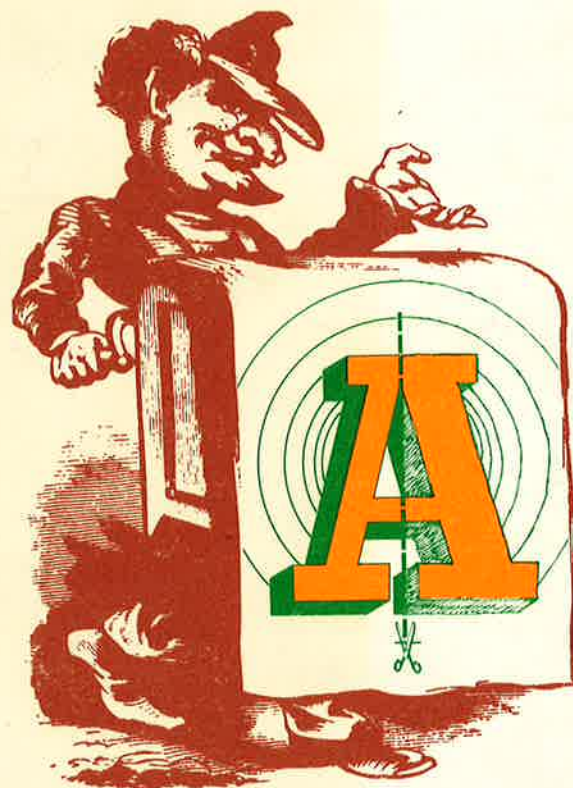
JVM

364

12/13

**José Vidal Beneyto**  
(Ed.)

# ***Alternativas populares a las comunicaciones de masa***



CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS

JOSE VIDAL-BENEYTO

**ALTERNATIVAS POPULARES  
A LAS COMUNICACIONES  
DE MASAS**

**Centro de Investigaciones Sociológicas**  
MADRID, 1979

i\_9814112  
b\_1713295

COLECCION «MONOGRAFIAS», N.º 12-13

ALTERNATIVAS POR TANTO  
A LAS COMUNICACIONES  
DE MASAS

Portada de M. Ruiz Angeles

©CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS  
ISBN: 84-7476-013-5  
Depósito legal: M. 19.805-1979  
Impreso en España por:  
ARTIGRAFIA, S. A. - Tucán, 36 - Madrid-25

INDICE

	Páginas
Introducción, <i>por José Vidal-Beneyto</i> .....	IX
I. PERSPECTIVA TEORICA GENERAL .....	1
Esto es cosa vuestra... o «¿Hacia una dialéctica positiva?», <i>por Alfred Willener</i> .....	3
Comunicación de carácter comunitario por medios alternativos, <i>por F. Pavelka</i> .....	33
Las relaciones entre los medios alternativos de comunicación y la industria cultural, <i>por Marino Livolsi</i> .....	49
El trabajo teórico y las alternativas a los «Mass Media», <i>por Miguel de Moragas Spa</i> .....	63
Esfera de lo público burguesa y esfera de lo público alternati- va. Características institucionales y problemas estructurales, <i>por Dieter Prokop</i> .....	83
Notas desde la semiocracia para una teoría alternativa de los media, <i>por Jorge Lozano y Gonzalo Abril</i> .....	95
La implosión del sentido en los media y la implosión de lo social en las masas, <i>por Jean Baudrillard</i> .....	107
II. RESISTENCIA/DISIDENCIA Y COMUNICACION AL- TERNATIVA .....	119
Resistencia y disidencia populares frente a la información ofi- cial salazarista en Portugal, <i>por Manuel Braga da Cruz</i> .....	121
Resistencia y comunicación en Brasil, <i>por Fernando Perrone</i> ..	141
La prensa clandestina en Catalunya: una reflexión metodológi- ca, <i>por Lluís Bassets y Enric Bastardes</i> .....	155
Notas sobre el cine clandestino en Catalunya bajo el franquis- mo, <i>por Román Gubern</i> .....	177
La contra-información en los países socialistas (El Samizdat y otras formas de expresión paralela), <i>por Thierry Wolton</i> ...	181
El cine militante, ¿discurso de contra-poder o contra-discurso de poder?, <i>por Ignacio Ramonet</i> .....	193

Páginas

El terrorismo moderno como estrategia de comunicación. Algunas consideraciones, a partir del caso italiano, <i>por Carlo Marletti</i> .....	201
<b>III. INSTITUCIONALIZACION POPULAR DE LA COMUNICACION</b> .....	223
La comunicación intermedia en el proceso argentino de liberación: una experiencia, <i>por Daniel Prieto Castillo</i> .....	225
Comunicación y revolución en Chile, <i>por Michèle Mattelart</i> ..	245
Medios alternativos de comunicación y concienciación social, <i>por Claudio Aguirre Bianchi</i> .....	255
Comunicación popular en Omán y Palestina, <i>por Heiny Srour</i>	275
Acción comunicológica en el proceso revolucionario portugués, <i>por Jorge Correia Jesuino</i> .....	283
Una experiencia de penetración popular, <i>por Giuseppe Richeri</i> .	303
Comunicación alternativa y modo de producción en relación con el aparato radiotelevisivo, <i>por Giovanni Cesareo</i> .....	315
<b>IV. SOFT MEDIA, CONTRAINFORMACION Y ACCION COMUNITARIA</b> .....	325
Génesis de los media comunitarios en Quebec: la porción congrua, <i>por Paul Beaud y Patrice Flichy</i> .....	327
Contrainformación y comunicación popular, <i>por Patrizia Violi</i> .	345
«Estrategias suaves». Centros de acceso al sistema Video, <i>por John Hopkins</i> .....	355
El movimiento de las radios libres en Francia, <i>por Antoine Lefebure</i> .....	363
Teoría y práctica de la utilización social de la fotografía, el cine y el video, <i>por Leonard Henny</i> .....	373
¿Un asunto de familia?, <i>por Paul Beaud y Guy Milliard</i> .....	391
<b>V. COMUNICACION Y LUCHAS CONCRETAS</b> .....	403
Ecología y comunicación alternativa a través de Radio Verte Fessenheim, <i>por Serge Bischoff</i> .....	405
Elementos para un análisis de la comunicación en las cárceles, <i>por Cristina Peña-Marín y Ricardo José Pérez García</i> .....	413
Comunicación alternativa en la ciudad y en el barrio, <i>por Carlos Aguirre</i> .....	431
La lluita per la cultura als barris periferics, ¿alternativa comunicacional?, <i>por Ignasi Riera</i> .....	437

Páginas

Cómo habla consigo mismo la clase obrera británica en los medios capitalistas de comunicación y en los socialistas, <i>por Ash Corea y John Downing</i> .....	445
Nuevas formas de comunicación en el mundo del trabajo, <i>por Mar Fontcuberta</i> .....	483
La comunicación médico/mujer en la consulta ginecológica, <i>por el Centro de mujeres de Federico Rubio de Madrid</i> .....	495
<b>VI. COMUNICACION ALTERNATIVA Y NUEVA SENSIBILIDAD</b> .....	501
Problemática de las nuevas utilizaciones de los media, <i>por Toni Arno</i> .....	503
El cómic como medio de comunicación popular: la experiencia de «Butifarra!», <i>por Josep Lluís Gómez Mompert</i> .....	509
El teatro independiente como medio de comunicación popular, <i>por M. Pérez Coterrillo, G. Heras, A. Fernández Torres</i> ..	519
La producción cinematográfica «clandestina» como una subcultura marginada, <i>por Mark Gottdiener</i> .....	531
«TF». Distribución alternativa de filmes en Hungría, <i>por András Szekfű</i> .....	553
Poesía experimental y comunicación paralela. El «Mail Art», <i>por Julien Blaine</i> .....	565
Anexo. Experiencias audiovisuales .....	571



## INTRODUCCION

### I. Cambrils y las reuniones internacionales

Este libro es el resultado de una Conferencia internacional que con el mismo nombre tuvo lugar en Cambrils y Barcelona del 24 al 29 de mayo de 1978. Su promotor y organizador fue el Comité Internacional de Comunicaciones de Masa de la Asociación Internacional de Sociología —ONG de la UNESCO— a quien se asociaron las Facultades de Ciencias de la Información de la Universidad Autónoma de Barcelona y de la Universidad Complutense de Madrid.

Las reuniones internacionales, sean de edafólogos, de filatélicos o de fabricantes de zapatos, tienen en común su ambigua condición de encopetada feria, a medio camino de la bolsa de valores y de la fiesta de sociedad, entre la circumspecta holganza y el comedido intercambio de bienes y servicios. De lo que se trata es de adquirir información, relaciones y medios para uno o para los intereses a los que sirve, de vender productos y capacidades que se poseen en propiedad o se gestionan por cuenta ajena, a la par que se cultivan los super-egos individuales y colectivo, y se da vía libre, por unas horas o días, a la experimentación de lo insólito y eventualmente a la efímera intimidad compartida. Todo ello en tono menor, con los buenos modales del especialista, casi en círculo vicioso, y con una tendencia, la mayoría de las veces irresistible, hacia el aburrimiento.

Dicen los expertos que la Ciencia es el factor productivo dominante en la vida económica contemporánea. Se comprende, pues, que su dominio haya pasado de las inexpertas manos de los científicos a las cautelares de los políticos y los estadistas. De ahí que los encuentros internacionales de contenido científico hayan perdido la compostura en los modos y el insignificante decurso de las exposiciones teóricas, para convertirse en campo de Agramante de la conquista del poder (o de sus parcelas). Hasta en esas ciencias de tercera clase que son las Ciencias del Hombre y de la Sociedad.

El último ejemplo en el tiempo, el IX Congreso Mundial de

Sociología —Uppsala, agosto de 1978—. Más de 100 países representados, más de 500 sesiones científicas, más de 3.000 participantes, más de 4.000 «papers». La cantidad como práctica generalizada que invalida la calidad y hace imposible la comunicación. La conquista del espacio científico individual y grupal como primer objetivo y el control y dominación del ámbito como meta inmediatamente posterior. Todos quieren estar visiblemente presentes, y que conste. Nadie renuncia a recibir el espaldarazo legitimador del Congreso, y aspira, pronto, a darlo. La condición de mujer, la calidad de país marginal, socialista o en desarrollo como principios de afirmación institucional por y sobre cualquier consideración científica. Pamela Roby, profesor ayudante en la Universidad de California elegida miembro del Consejo de Investigación por 23 votos y derrotando a Seymour Lipset que sólo consigue 5; la vicepresidencia, compartida por un brasileño, una polaca y un norteamericano; el Comité Ejecutivo compuesto por cinco miembros de países marginales o en desarrollo, tres de socialistas, tres de europeos y dos de norteamericanos. Es decir, los derechos de las minorías y el equilibrio de áreas, supuestos del concierto mundial y fuente de poder, como soportes del ejercicio científico internacional. La contribución al patrimonio del saber, el nivel teórico, la capacidad investigadora, son argumentos sin pertinencia. A la *guerre comme à la guerre*. Si la Ciencia es poder, debe admitirse su revisión y, por ende, que el poder sea ciencia.

No disponemos todavía de una tipología, clara y suficientemente diferenciada, de las reuniones internacionales que nos permita saber lo que designan términos como Congreso, Simposio, Conferencia, Coloquio, Jornadas, Encuentro, Seminario, Taller, Mesa Redonda, etc., cuando les acompaña el calificativo «internacional». El uso señala un área o tema que se supone común a todos los participantes, así como una cierta homogeneidad de formación y actividad profesional entre ellos: la CEE y comerciantes con comerciantes, la creación y artistas con artistas, el Amazonas y exploradores con exploradores, etc. La calificación tipológica de la reunión dependerá de variables como el propósito particular que persiga, la mayor o menor especificidad temática, el nivel de similaridad ocupacional y de capacitación técnica de los asistentes, la duración prevista, su grado de especialización y hermetismo, el rigor en la organización y desarrollo de las sesiones, etc.

La denominación de Conferencia aplicada a la reunión que estoy evocando, es un tributo a la convención retórica, escasamente justificado. Su título más adecuado sería el de experimento, ya que rompiendo los hábitos de la familiaridad en el oficio, del compa-

drazo en la perspectiva y de la rentabilidad inmediata, se proponía someter a fuerte interacción, viviendo prácticamente en circuito cerrado durante cinco días a un grupo heteróclito de personas, procedentes de horizontes ideológicos y profesionales muy diversos, aunque todas comprometidas en la problemática de la comunicación y dispuestas a perseguir su posibilidad, o al menos a convocar sus fantasmas. En estas condiciones, no es de extrañar que algún ponente extranjero, más atraído por el *show-holganza-nego* que por la confrontación con voluntad de esclarecimiento, emigrase, en seguida, hacia más placenteras dedicaciones.

En Cambrils hubo un centenar largo de participantes de diferentes ámbitos nacionales y regionales del Estado español, de Francia, Italia, Países Bajos, Gran-Bretaña, Bélgica, República Federal Alemania, Suiza, USA, Argentina, Canadá, Chile, Hungría, Jamaica, Omán, Méjico, etc. Y entre ellos profesores como Jean Baudrillard, Kurt y Gladys Lang, Gonzalo Abril, Marino Livolsi, Alfred Willener, Carlo Marletti, Miguel Moragas, Percy Tannenbaum, Jorge Lozano, etc.; analistas como Paolo Fabbri, Dieter Prokop, Ignacio Ramonet, Michèle Mattelart, John Downing, Guy Milliard, Cristina Peña-Marín, Giovanni Cesareo, Paul Beaud, Lluís Basset, Andras Szekfü, Mar Fontcuberta, etc.; expertos como Sylvie Blum, Mark Gottdiener, Giuseppe Richeri, Jean-Marc Fombonne, Franz Pavelka, Patrice Flichy, Gómez-Mompert, Leonard Henny, Fernando Perrone, Roman Gubern, Thierry Wolton, Manuel Braga da Cruz, Claudio Aguirre-Bianchi, etc.; y protagonistas como Heiny Srouf, Antonio Artero, Ash Correa, Daniel Prieto-Castillo, Toni Arno, Doenja Verwey, Antoine Lefebure, Serge Bischoff, Ignasi Riera, John Hopkins, Jorge Correia Jesuino, Carlos Aguirre, Guy Hocquenguem, varias representantes del Centro de mujeres Federico Rubio de Madrid, miembros del Video-Nou de Barcelona, etc.

Una reflexión, por sumaria que fuese, sobre la Comunicación colectiva, como práctica social, como operación ideológica y como objeto de análisis científico, parecía un ineludible paso previo a su eventual descalificación y enfrentamiento con comportamientos de análogo contenido sectorial y temático, pero de orientación antagónica o alternativa. En otras palabras, tan sólo si la comunicación colectiva, convencional o en uso —a nivel práctico y teórico— no funcionaba, podría tener sentido plantear el problema de su sustitución por una Comunicación *otra*.

## II. Los límites del comunicar y de su ciencia

Los asistentes, casi sin excepción, coincidían en afirmar que la Comunicación, se sentido amplio, es decir, abarcando la Informáti-



ca y la Electrónica, constituye la dimensión fundamental de la sociedad postindustrial del último tercio del siglo XX. Pero también convenían en que, más allá de este genérico consensus, y, de forma específica, la Comunicación colectiva, aparecen en seguida la polise-mia, la confusión y los antagonismos.

La confusión comienza en la denominación misma del ámbito, que oscila entre la abstracta y omnicomprendiva de «Comunicación» y la específica y reductora de «Mass Media», pasando por «Información», «Comunicación social», «Comunicaciones de Masa», etcétera. Es evidente que esta multiplicidad denominativa va ligada al desarrollo histórico del sector y a la distinta determinación temática y conceptual del mismo. Ahora bien, la voluntad de dotarlo de un contenido lo más amplio y general posible para reforzar su identidad y asegurar su especificidad no se ha traducido precisamente en esa mínima articulación de lo diverso, sin la que toda hipótesis de sistematización y comportamiento científico es imposible. Los inventarios de las determinaciones conceptuales del ámbito «comunicación» ofrecen un descorazonador espectáculo de vaguedades, contradicciones e incoherencias.

La confusión y antagonismo continúan en cuanto a la función y eficacia sociales de las Comunicaciones de Masa, que algunos consideran como instrumentos de máxima eficacia para la construcción y persistencia del control social, y otros, en cambio, califican como prácticamente irrelevantes para la producción de la conciencia social, frente a los grandes ámbitos institucionales: familia, escuela, contextos profesionales, etc.

La relación entre Poder y Comunicaciones de Masa adolece de esta misma indeterminación y contradicciones. Como señalan, tan acertadamente, Giovanni Bechelloni y Franco Rositi (1), las opiniones, en este punto, van: a) desde aquellos que consideran que son la expresión literal de las relaciones de fuerza en la sociedad, y por ende están absolutamente condicionados por la clase dominante; b) hasta la de quienes opinan que su autonomía sólo depende de la adecuación de los mecanismos jurídicos que la garantizan; c) pasando por un sinfín de posiciones intermedias que podrían agruparse bajo el signo de la «autonomía relativa y más o menos mediata».

En cualquier caso, esta multiplicidad contradictoria de definiciones, usos, funciones, efectos, significaciones sociales, etc., de la Comunicación, tanto a nivel de opinión pública como entre sus agentes y analistas, constituye un obstáculo capital pero la consolidación y avance del sector, que exige una elucidación prioritaria y urgente.

Esta clarificación necesita venir acompañada de la crítica ideológica de la constitución «científica» del concepto de Comunicación. Lo cual nos remite, en primer término, al problema denominativo al que hemos aludido ya. En efecto, la elección del término Comunicación o Información para titular un libro, una Facultad Universitaria o un Centro de investigación, ha sido el resultado de determinaciones casi exclusivamente ideológicas, en las que la dimensión «democrática» de comunicación y «autoritaria» de información, el aspecto «europeo» de información y «americano» de comunicación, la perspectiva genérica de información y específica de comunicación, etc., han constituido un entramado difuso y complejo, que se ha inclinado, según casos y situaciones, en favor de una o de otra denominación. El estudio de algunos casos concretos —por ejemplo, la creación de las Facultades de Ciencias de la Información en España en 1973 (2), el análisis de los títulos de los diferentes manuales y libros de introducción publicados en Francia en los últimos años, o los cambios introducidos en la designación de esta división en la UNESCO— puede ser muy esclarecedor.

Pero los dos modelos fundamentales de la incidencia ideológica en la constitución de este campo científico son la búsqueda de su identidad y su práctica investigadora, y ambos merecen de una detallada inquisición.

En cuanto al primero es indudable que la importancia de la función social de la comunicación, sobre todo por la necesidad de buscar sistemas para que la comunicación funcione efectivamente, lleva a la *improvisación ideológica* de una identidad específica de la comunicación como prueba y garantía de que la solución está en marcha.

La fundamentación de la identidad de la comunicación en la multiplicidad de su uso y significación en campos muy diversos, es indiscutiblemente ideológica. La afirmación de que constituye un proceso fundamental que encontramos tanto en la realidad física como en la biológica y en la social, no es sino una petición de principio de raíz ideológica, ya que ¿cómo podemos afirmar su existencia si previamente no conocemos su identidad? Si una cierta analogía formal de determinados comportamientos es causa suficiente para construir en su derredor un sector científico, ¿no cabría hablar entonces, con mucho más fundamento, de Ciencia del Poder, de la Organización, del Trabajo, del Movimiento, etc.?

Consideración especial merece la Ciencia de la Comunicación en su perspectiva investigadora. El extraordinario desarrollo de la investigación de las Comunicaciones de Masa tiene a nuestro juicio, entre otras causas, la motivación ideológica de querer reforzar el

*status* científico y la imagen social de la utilidad pública del sector y la de servir de coartada frente a las críticas de todo orden que se le formulan —sí, la comunicación está manipulada, pero ya estamos estudiando el modo de corregirlo; sí, la comunicación es unidimensional y verticalizada, pero estamos buscando fórmulas para corregirlo, etc.

Las investigaciones en comunicaciones de masa pueden agruparse en tres fases:

A) En la primera, allí donde existen, responden a motivaciones concretas dimanantes sea de los media mismos y de la necesidad de estudiar su funcionamiento y efectos; sea de la preocupación política por la influencia social negativa que los media pueden tener en la colectividad; sea de la necesidad de organizar profesionalmente los media y de formar a sus protagonistas. Los estudios sobre prensa, radio y propaganda en los USA de 1920 a 1950 o la *Zeitungskunde/Zeitungswissenschaft* en Alemania, durante el mismo período, responden a ese cuadro motivacional.

B) A partir de 1950, la perspectiva norteamericana, que es ya plenamente de investigación de comunicaciones de masa, es dominante en el mundo y responde al esquema lasswelliano de «quien dice qué a quien y con qué efecto». En ella, y como señala acertadamente Morin (3), el *quien* se refiere siempre a los media, como puros emisores del mensaje, y nunca como ámbito institucional productor de un determinado resultado; el *qué* encara audiencias, captadas como sujetos de opinión, y no como consumidores o miembros de un determinado contexto social; y el *con qué efecto* se limita a intentar medir el impacto de los contenidos sobre las audiencias, olvidando la relación social previa y fundamental de productores-consumidores sobre la que el efecto se asiente, y la función mediadora que ejerce la cultura específica del contexto social en el que se realiza la comunicación. La aportación de Lazarsfeld y de su escuela, con la incorporación del papel de los grupos primarios y de los líderes de opinión en el estudio de los efectos sobre las audiencias, si bien rompe la linealidad del esquema de Lasswell, con su formulación del proceso de influencia en un *two-step-flow*, sigue siendo, sin embargo, tributaria de la consideración formal de la cadena comunicativa. La perspectiva empirista y cuantitativa, propia del behaviorismo, en el que se inspiran tanto Lasswell como Lazarsfeld, es absolutamente preponderante y es responsable, al menos en parte, de los parvos resultados de tanta inversión de tiempo, esfuerzos y dinero en la investigación comunicológica.

C) La tercera fase comienza según países, al final de los años

sesenta o inicios de los setenta, y se caracteriza por una importante diversificación temática y metodológica de la investigación, que ya no mira ni depende exclusivamente de los USA, sino que encuentra, en Europa misma, inspiración y modelos de tanta o mayor vigencia que los norteamericanos. El desarrollo de la investigación de comunicaciones de masa, a partir de 1970, en los países escandinavos, y, sobre todo, en Dinamarca y Finlandia, es altamente significativa a este respecto (4).

Con carácter general creemos que puede afirmarse con Nordens-treng (5) que las dos notas fundamentales de esta tercera fase son: a) la tendencia a una consideración totalizadora y globalizante del proceso comunicacional; y b) las consecuencias que pueden derivarse, para la política de la comunicación, de la práctica investigadora de sus procesos reales. La perspectiva global de proceso comunicativo implica, a su vez, el tratamiento simultáneo de los diversos momentos y núdulos de la comunicación y su emplazamiento, análisis e interpretación *dentro* del contexto social en el que se produce.

Metodológicamente, hay que señalar que, junto al planteamiento empírico cuantitativo, que sigue presente, aparecen el marxista, el de la Escuela Crítica de Frankfurt, y con carácter más general, el hermenéutico, el propio de la Economía política, el institucional, etcétera. El fenómeno tal vez más significativo de la investigación en los Mass Media en la década de los setenta es la adopción de la perspectiva teórico-epistemológica marxista en los países anglosajones. La enérgica discusión de las aportaciones teóricas de Gramsci, Althusser, Habermas, etc.; el debate sobre determinación ideológica y determinación económica en que intervienen Stuart Hall, Raymond Williams, Peter Golding, P. Harris, Graham Murdock, etcétera; el análisis del imperialismo cultural por Herbert Schiller, Cess Hamelink, Tapio Varis, Dallas Smythe, etc., son una brillante y, a nuestro juicio, suficiente ilustración de ello.

Ahora bien, dentro de cada una de estas perspectivas, la práctica científica sigue adoleciendo de las mismas limitaciones y servidumbres que hace 10, 20 o 50 años. ¿Cómo es posible que los estudios de efectos sobre las audiencias utilice, aún, la encuesta mediante cuestionario, como instrumento único, o al menos privilegiado, de exploración y análisis, cuando su inadecuación y escasísima fiabilidad han sido tan insistentemente puestas de relieve desde hace quince años? —vid., por ejemplo, Bogart y Phillips (6).

O ¿cómo explicar que el método, por excelencia, para investigar la materia temática de los mensajes sea el, mal llamado, análisis de contenido, cuando la inferencia inductiva, sobre la que el mismo se



basa, es no sólo cualitativamente insuficiente, sino formalmente impropia? (7).

De igual manera, los análisis textuales de la comunicación que han visto la luz, sobre todo, en Francia e Italia durante la última década (algunos de ellos de gran interés técnico-analítico), han sido incapaces de conectar el universo intratextual, al que su a priori metodológico los empujaba, con las condiciones extratextuales —sociales, económicas y políticas— que podrían haberles dado sentido y alcance.

La ausencia de hipótesis teóricas concretas es casi total. Pero, cuando existen, la desconexión entre el nivel teórico y el de la práctica analítica es completa. Por lo demás, no hace falta insistir en que si teoría, epistemología, metodología y técnicas analíticas no son eslabones de una misma y sola cadena, la práctica científico-social se reduce: o a un inventario mostrenco de datos asignificativos, o a una divagación teórica o literaria. En cualquier caso, las hipótesis teóricas concretas contenidas, a nivel más o menos explícito y formalizado, en las obras de Morin, Mac Luhan, Moles, etc., no han pasado de ser posibilidades de una práctica científica analítica del proceso de la comunicación que no han logrado encontrar su realización efectiva. Ultimamente en Dinamarca un grupo de investigadores, Jorgen Gleerup, Pove Schmidt, Jorgen Stigel, etc., han utilizado, contrastadamente, las hipótesis teóricas de esfera pública burguesa (de Jürgen Habermas) y esfera pública proletaria (de Oskar Negt y Alexander Kluges) en el estudio del siglo XIX danés, y la presentación que de dichas investigaciones nos hace Frands Mortensen puede ser una de las primeras excepciones al comportamiento antes descrito. Pero un estudio aislado no resuelve, evidentemente, el problema.

Por todas estas razones, la productividad científica del esfuerzo investigador en las Comunicaciones de Masa es tan escasa. Cuando nos enfrentamos con resúmenes e inventarios de este trabajo de investigación es patente, por una parte, que la voluntad de reproducir las condiciones de la investigación comunicológica —lo que podríamos llamar la confirmación y persistencia del marco institucional y del quehacer profesional— es muy superior el propósito investigador propiamente dicho; o, en otras palabras, que el objetivo de reproducción investigadora prima sobre el de la producción investigadora; y, por otra parte, que la relevancia teórica y práctica de la inmensa mayoría de los estudios y análisis es casi nula.

Los inventarios de Edelstein (8), de Berelson (9), de Dexter y White (10), de Thayer (11), de Curren, Gurevitch y Janet Wool-lacott (12), son una reiterada y desconsoladora —a pesar del optimismo *pro domo sua*— ejemplificación de nuestra hipótesis.

Por otra parte, cuando se nos somete una lista de resultados-hallazgos científicos de la investigación comunicológica, el ejemplo es todavía más ilustrativo. Valga como muestra el primer informe publicado por la llamada Comisión Mac Bride (13).

En efecto, lo que la Comisión nos presenta como un balance no es más que la voluntad sincrética de alinear una serie de conclusiones, en muchos casos discutidas y discutibles, con escasa coherencia entre ellas, y en ocasiones hasta contradictorias, en las que el nivel de evidencia cotidiana no tiene, en absoluto, su equivalente en la prueba científica que de la misma se aporta.

Por lo demás, la presión que la necesidad de ayudar a formular una política de la comunicación ejerce sobre la investigación, lejos de favorecer la organización científica del sector, tiende, por las impaciencias y el pragmatismo, a aumentar la confusión y la incoherencia. Los ejemplos y muestras son abundantísimas.

La conclusión que se impone es que, sin un cuadro teórico general que establezca las condiciones del conocimiento comunicológico y tenga en cuenta los condicionamientos específicos de cada medio y de cada macro-grupo y/o macrocontexto social, las hipótesis teóricas particulares, aun en el supuesto de su pertinente instrumentación técnico-analítica, tendrán una relevancia científica y una fecundidad social muy limitadas, por no decir nulas.

A esta problematicidad en el qué —identidad y contenido—; en el cómo —modalidades y mecanismos—; en el para qué —efectos y objetivos—; y en para quién —beneficiarios—, debe agregarse la descorazonadora y unánime convicción de la unidimensionalidad del flujo comunicativo, de su inevitable sentido vertical, de su prácticamente imposible reciprocidad.

### III. Hacia una comunicación alternativa (y popular)

Esta situación, percibida como una evidencia, al mismo tiempo, cotidiana y «científica», dibuja el perímetro de sus incapacidades, impugna sus fronteras y se dispara hacia el más allá de otros posibles cumplimientos. Comunicación salvaje, radical, democrática, participante, comunitaria, compartida, recíproca, popular, alternativa. Modos de nombrar, evasiva o retadoramente, una esperanza; en el mejor de los casos, de señalar un proyecto, de narrar un intento.

Pero, obviamente, mayo de 1978 no se prestaba con facilidad, ni en lo social, ni en lo comunicológico, a los entusiasmos globales ni a las exultaciones revolucionarias. Estábamos, como seguimos estando, en plena marea baja, las certezas y las utopías quedaban lejos, muy a trasmano. Hora de balance, de perplejidades, de auto-



crítica, de prudencias, de provocadora violencia, de exasperada circunspección. Cambrils no podía inscribirse en la ucronía. Y no lo hizo.

Se reproducen aquí, en forma literal, la casi totalidad de las contribuciones que fueron presentadas o discutidas en la Conferencia. Su agrupación responde a los criterios que presidieron la larga y compleja fase organizativa y sobre todo el laborioso acopio de material que las incluye. La primera parte, que introduce el tema, comprende las reflexiones de carácter general, que van desde las consideraciones globales aunque ejemplificadas de Willener y Pavelka sobre la posibilidad, funciones y límites de la comunicación alternativa, hasta las confutaciones semioticomatizadas y universal-apocalípticas de Lozano/Abril y Baudrillard, respectivamente, pasando por las elaboraciones de voluntad más específicamente teórica de Livolsi, Moragas y Prokop. Desgraciadamente, la impenitente agrafia de Paolo Fabbri priva al lector del más brillante y pugnaz ejercicio de contestación teórica de la alternatividad que se produjo en Cambrils.

Lo alternativo puede decirse de muchas maneras y encararse desde múltiples ángulos, pero lo que funda su diferencia esencial es su enfrentamiento y oposición a lo dominante. Oposición que puede localizarse, específica y/o prevalentemente, en el nivel mismo del *medio*; o en lo vehiculado por él —llámese *contenido-mensaje* (Lasswell-Mac Luhan), *texto* (semióticos-semiólogos), etc.—, bien considerado en sí mismo, bien en su propósito de intervención y cambio de la situación (contexto) social en que se produce.

Contenido-situación, mensaje-ámbito, texto-contexto remiten, en la dimensión alternativa, al emisor-audiencia, locutor-alocutario, autor-lectores, protagonista-masa como falsas polarizaciones de supuestos antónimos, igualmente sometidos a una lógica comunicativa de servidumbre y manipulación, cuyo proyecto común es devolver voz y presencia a los sectores y grupos sociales a los que pertenecen y que han sido desposeídos de ellas. La interpenetración de topos y logos, su indisociabilidad, la intra-con-textualidad del qué y del dónde comunicativos, son la determinación última del «quiénes», que alinea objetivos y prácticas en función de las exigencias de la coherencia interpersonal y grupal y de cara a la eficacia colectiva.

Desde esta perspectiva, lo que cuenta es que sectores y grupos, socialmente dominados, produzcan y difundan, a través de cualquier *medio*, «informaciones», privadas hasta entonces de existencia, que impugnen las estructuras hegemónicas (sociales e ideológicas) de su comunidad. Lo importante no es la pureza ni la idoneidad del *medio*, sino su contundencia, ya que los medios de comunicación no son sino armas que los grupos sojuzgados y reprimidos

utilizan en la lucha por su emancipación, en la conquista del espacio social que por derecho propio les corresponde.

Ese espacio puede coincidir con el ámbito total de una nación o de un Estado (países rígidamente autocráticos y/o directamente sometidos a la explotación de intereses extranjeros); o limitarse a áreas sociales concretas, dentro de la comunidad a la que están incorporados (fuerzas del trabajo, grupos étnicos, minorías sexuales, formaciones marginales, acciones ecológicas, etc.). Las diferencias en la magnitud y la localización del espacio otorga, sin embargo, a la práctica de la comunicación y a su condición alternativa, características particulares. Y de aquí que en la organización de nuestro debate se hayan tenido en cuenta.

Por ello, en el capítulo II, se recogen aquellos análisis que relatan experiencias comunicativas de combate y resistencia frente al poder dictatorial de un Estado opresor, mientras que en el V, se agrupan una serie de procesos sectoriales y sus luchas concretas, por y en la comunicación. En muchos de los casos narrados, sus expositores han sido, también, actores de la peripecia colectiva.

Por lo que toca al capítulo II, Braga de Cruz en Portugal, Bastardas, Basset y Gubern en Catalunya, Perrone en Brasil, etc., hoy estudiosos de una práctica, fueron ayer, en mayor o menor medida, protagonistas de ella. La semejanza de pautas y conductas, no por esperada es menos concluyente, y el lector español encontrará, en el relato de otras resistencias, ecos constantes de la comunicación alternativa en la noche franquista: pintadas, carteles, panfletos, pegatinas, radios clandestinas, periódicos ilegales, el «tacticismo» como modo de acción pública, los muros de los espacios públicos como pantalla permanente, y, de forma dramática y ejemplar, esos comportamientos colectivos de postulación frontalmente alternativa, como las sentadas y las manifestaciones pacíficas frente a las porras, las mangas de agua, las granadas de humo y los fusiles.

Ignacio Ramonet nos propone una lectura-balance del cine militante a contracorriente de las interpretaciones al uso (10), que vincula el discurso fílmico a la causa político-social a la que sirve, sin escamotear sus tentaciones de poder, lo primario de su trazado y la fungibilidad de sus objetivos.

El capítulo se cierra con una contribución de Carlo Marletti, apoyada en el caso italiano, sobre el terrorismo moderno como estrategia de comunicación. Su inclusión en este grupo se justifica por la propia autoposición del texto que, por una parte, ve en el actual terrorismo italiano de izquierdas una voluntad radical, no de sustitución, sino de ruptura con una sociedad impuesta y bloqueada, con un orden político reaccionario y opresivo, que han traicio-



nado la revolución posible que auguraba la resistencia contra el fascismo. Y por otra, considera que, como dice Eco, la dimensión esencial del terrorismo es su constituyente comunicativo, que su raíz última es la variación simbólica de la violencia, más allá de la materialidad ciega y amorfa de su pura denotación cotidiana: un secuestro, un incendio, una muerte. Aunque luego Marletti polemice con Mac Luhan y Habermas, ya que para él, el arma de las Brigadas Rojas y de su terrorismo-comunicación no es el *software* y el gran espectáculo que éste reclama y alimenta, sino el *hardware* de siempre: los mensajes circulados, el suspense, las cartas-textos de Aldo Moro y, sobre todo, la víctima como *medio* (origen, motor y vehículo privilegiado) de la comunicación.

Pero, a veces, las resistencias triunfan y la revolución se instala, ¿por cuánto tiempo?, en el poder. Chile, Argentina, Omán-Palestina, el Portugal de los claveles, de la mano de Prieto Castillo, Mattelart/Aguirre Bianchi, Heiny Srour y Jorge Correia Jesuino, analistas, a la par que militantes, de los destinos que relatan. La realidad con su carga de resistencias, ambigüedades, compromisos, desconfianzas, miedos, inercias. Una experiencia de comunicación intermedia en la provincia argentina de Mendoza, limitada pero esperanzadora, que la represión militar trunca; la comunicación en el Chile de Allende, víctima de los intereses imperiales y contrarrevolucionarios, pugnando por crear, con entusiasmo y desde la penuria, nuevas formas, nuevas vías de expresión y contacto, dramática realidad sobre la que se nos ofrecen dos versiones distintas y complementarias; el relato de los instrumentos de la comunicación revolucionaria empleados en Omán y Palestina: canciones, danzas, dibujos infantiles, artes plásticas, cine, etc.; y la lúcida crónica de la práctica comunicativa del Portugal revolucionario por el que fue secretario de Estado de la Comunicación Social en Angola durante el período de descolonización del almirante Rosa Coutinho y posteriormente ministro de la Comunidad Social del III, IV y V Gobiernos del general Vasco Goncalves.

Este capítulo comporta otros dos estudios de Giuseppe Richeri y Giovanni Cesareo sobre tentativas de penetración y de utilización, por grupos de base, de las grandes máquinas estatales de comunicar en Italia, en particular la RAI, con ocasión de victorias conseguidas por la izquierda. De ahí que se analicen con los procesos de comunicación popular, apoyados en el poder, y que se incorporen a este sector. Richeri, se centra en la experiencia radio-televisiva realizada en el ámbito de la región de Emilia Romana, y Cesareo, desde un enfoque más ambicioso y teórico, toma pie en la creación y actividad del grupo «Crónica», que opera en el marco de la segunda cadena de la RAI-TV, para examinar la posibilidad de

cambiar, desde dentro de un aparato de Estado, el modo y la orientación del sistema productivo de la radiotelevisión, en función de los intereses populares y al hilo de las llamadas «unidades de producción» y «unidades de base» (11).

He creído de buena ley calificar estas experiencias como fenómenos de institucionalización popular de la comunicación, ya que, sea cual sea el concepto y la función que asignemos al poder político, los objetivos que le atribuyamos y la actitud axiológica que respecto de él se mantenga, es necesario poner de relieve que su intervención en el campo de la comunicación popular, incluso con el propósito de preservarla, acaba traduciéndose en un encuadramiento jurídico, o cuando menos social, que modifica, profundamente, las pautas de autonomía, espontaneidad e identificación con los intereses, más inmediata y cotidianamente compartidos, que son indisolubles de lo popular.

Por lo que toca al *medio mismo* —entendiendo por tal, no sólo el vehículo electrónico, sino el soporte técnico e institucional, en su conjunto, de la comunicación—, medios alternativos son aquellos que se sitúan fuera y, en cierto sentido, frente a los grandes circuitos de comunicación —cadenas de radio y televisión, Holdings de prensa, consorcios y organizaciones de publicidad y publicaciones, etc.—; que pueden y suelen tener, especialmente en los primeros tiempos, una existencia clandestina o semilegal —discontinua-mente tolerada— y que por su estructura física y económica, flexible-ligera, son de fácil acceso para usuarios, socialmente, poco relevantes e, incluso, marginales.

Esta condición alternativa del medio, considerado en sí mismo, es la que se ha contemplado con mayor frecuencia y la que ha prevalecido en casi todos los estudios y análisis sobre el tema. Es también aquella que ha ido despertando mayores esperanzas. Y defraudándolas (12). La televisión por cable fue, primero en América del Norte y luego en Europa, la pócima mágica contra la inco-municación social (13). La Video asumió después el papel de ejecutora de las esperanzas comunicativas (14). Finalmente, ha recaído en la radio el glorioso y desagradecido oficio de curalotodo (15).

El capítulo IV está dedicado a la presentación de estos «medios suaves» (*soft Media*) y de sus usos privilegiados: la acción comunitaria y la contransformación. La primera, la abordan Paul Beaud, Patrice Flichy y Guy Milliard en dos artículos distintos, mediante el estudio de casos concretos en Canadá y Francia. Canadá, y más en particular, la región-estado-nación de Quebec ha sido, en estas dos últimas décadas, tierra de elección de las tentativas comunicativo-comunitarias. Prensa estrictamente local, animación por el sistema video y, sobre todo, televisión por cable han constituido instrumentos



al servicio de una voluntad permanente de intervención social, cuyo objetivo, como recuerdan en el primero de los estudios Flichy y Beaud, era, por una parte, dar voz al nacionalismo cultural y contribuir al establecimiento de la identidad nacional; y, por otra, entramar y horizontalizar las relaciones entre gobernantes y gobernados, proporcionar a la comunidad un espejo en el que pudiera mirarse y reconocerse, y favorecer el desarrollo comunitario. El balance, muy certeramente contextualizado, a la par, neutro y entrañable, de los tres autores, muestra los límites, que otros análisis (16) habían apuntado ya, de los *soft media* y de sus virtuales comunitarias.

Patricia Violi, especialista del lenguaje de la extrema izquierda italiana, estudia el fenómeno de la contransformación, en torno, primero, a tres publicaciones diarias de ese sector político: *Il Manifesto*, *Lotta Continua* y el *Quotidiano Dei Lavoratori*; y luego, al comportamiento de las radios libres en cuanto distinto y, en alguna medida, antagónico con el que representa la RAI.

Pero la radio libre es, de forma eminente, el tema de Antoine Lefebure, uno de los grandes protagonistas del Movimiento de las RL, animador de la revista «*Interférences*» y durante mucho tiempo la persona con mayor influencia dentro de la Asociación para la Liberación de las Ondas (ALO). Lefebure historia en su trabajo el curso del Movimiento: Radios de Grupos (giscardianos como *Fil Bleu*; homosexuales, *Fil Rose*; feministas como *Radioteuses*; ecológicos como *Radio Verte*; autónomos como *Radio Rocket*, etc.) y Radios de Series (*Abesses-Echo*, *Radio 93*, *Radio-Libre París*, *Generation 2000*, *Radio-Barbe Rouge*, etc.). Su discurso, como el de todos los epónimos, es, inevitablemente, alegato de una posición —a la que su decisión de persistir impregna de profesionalismo y de ambigüedad— y está situado en el tiempo —mayo de 1978—. Quiero decir que en él están inscritos su brega con Félix Guattari y la Federación de Radios Libres no-comerciales (que reivindican el «amateurismo» y la espontaneidad y se presentan como el gran contrincante de la ALO), y las esperanzas de una tolerancia discontinua, arbitraria y precaria, pero posible, que el Parlamento el 27 de junio de 1978 y el Consejo de Estado, exactamente un mes más tarde, segaron de raíz.

John Hopkins, es uno de los más notables y discutidos apóstoles británicos de la Video, no como sistema de comunicación sino como forma de vida. En su casa londinense ha montado la *Fantasy Factory* —Fábrica de la Fantasía—, a la vez centro de estudios sobre la comunicación videográfica y plataforma de promoción y montaje de operaciones video. Todo ello, desde la más rigurosa autosegregación, en una marginalidad casi institucionalizada, que

no renuncia a lo colectivo y que se exige altos niveles de capacitación y competencia técnicas. Su fórmula operativa: los Centros de Video —modos de acceso y formas de acción— de que nos habla en su trabajo.

Sería erróneo calificar a Leonard Henny como un observador-participante del mundo filmológico. Como Lefebure y Hopkins es un militante de la intervención social en el ámbito de la comunicación popular. El hecho de que sea profesor e investigador de la Universidad de Utrecht es circunstancia que puede, como máximo, incluirle en el renglón de los autores/analistas, pero la expresión principal de su actividad comunicativa está en su trabajo como agitador de esos medios que llamamos video, foto, film y de sus posibles utilidades colectivas. Sin excluir, entre ellas, las científico-sociales. Conjuntamente con su colaboradora Doenia Verwey nos presenta, en su contribución a este capítulo, un inventario analítico de los mismos.

Los grandes enfrentamientos de la conferencia, dejando de momento la polémica con y en torno a Baudrillard que merece capítulo aparte, tuvieron como objeto, la potencia de mediación popular y de cambio social que representan los *soft media*. O sea, su papel y eficacia en el proceso de transformación y progreso colectivo. El violento debate entre Downing y Hopkins, a propósito de lo que debería ser la comunicación alternativa en Gran Bretaña; o la dura discusión sobre el sentido y horizonte de las radios libres, capitaneadas, desde la perspectiva francesa, por Lefebure y Bischoff, y, desde la italiana, por Fabbri, Cesareo, Livolsi y Richeri, sirvieron para fijar las posiciones extremas.

Pero hubo amplia mayoría para afirmar que estos «remedios milagrosos» tenían corta vida, bien porque su extensión y popularización, es decir, su propio éxito, los incorpora a los grandes circuitos y los hace dependientes de ellos, bien porque los límites de su capacidad expansiva acaba por reducirlos a mero «divertimiento» individual o microgrupal. En otras palabras, los dos obstáculos con que tropieza el potencial de liberación de cualquier *medio* nuevo son: o su anexión por las grandes cadenas de comunicación y por el sistema dominante si se trata de un *medio* eficaz, o la exigüidad de su alcance comunicativo si es un *medio* difícilmente recuperable. Así, los muros de los espacios públicos que son el soporte más puro de la comunicación alternativa en cuanto a su base material, poseen una muy reducida vigencia comunicativa por la corta vida de su impacto y por la rapidez con la que generan indiferencia respecto a su propia existencia y mensaje. Indiferencia a la que no son ajenas las condiciones, entitativamente, propagandísticas de su propia estructura formal: octavilla, mural, autoadhesivo, etc.



Parece pues, claro, que no hay *medios* alternativos en sí y por sí mismos y que, por tanto, la condición alternativa de la comunicación no puede fundarse en la especificidad marginal del *medio*. Lo que nos lleva a la conclusión de que la alternatividad depende de los contextos y de la función que en ellos cumple el proceso comunicativo, más allá del tipo de *medio* utilizado.

Por ello en la discusión de Cambrils, tenían razón Lefebure y Bischoff al defender el carácter progresista y liberador de las radios libres en Francia en su lucha contra el monopolio centralista, represivo y malthusiano del Estado francés. Pero también la tenían Richeri y Fabbri, cada cual desde su particular perspectiva, al apuntar el hecho de que las casi 2.000 radios libres existentes en Italia están controladas, sea directamente por los grandes grupos económicos sea, a través de la moda y de los modos de la diversión-entretenimiento, por la cultura dominante. Las pocas que logran escapar a este destino, lo deben, exclusivamente, a ser expresión e instrumento de un grupo, una necesidad, una lucha.

El capítulo V ilustra esta afirmación extendiéndola de la radio a todos los medios nuevos con el análisis de siete casos concretos: uno francés, uno inglés y cinco del Estado español. Escribo francés, con notable impropiedad, ya que el estudio de Serge Bischoff se ocupa de la práctica de la comunicación alternativa en el marco del combate ecológico que tiene lugar en el valle del Alto Rhin, es decir, en la región que comprende Alsacia (Francia), Baden (RFA) y Suiza del Norte y que popularmente se designa ahora como la «tierra de las tres esquinas» (Dreyeckland). Ese inmenso basurero que es el Rhin y los nombres de Fessenheim, Wyhl, Kaiseraugst, Gerstheim, Schwörst, Marckolsheim, etc., simbolizando cinco años de luchas contra la presencia nuclear explican el porqué de la concienciación ecológica. De Fessenheim, que fue la única derrota importante y donde las continuas protestas, huelgas de hambre, etcétera no han podido evitar la puesta en servicio de la central nuclear, ha salido la extraordinaria experiencia de comunicación alternativa que es RVF —Radio Verte Fessenheim— y de la que Bischoff, uno de sus principales protagonistas, nos narra un año de vida (del 4 de junio de 1977 al 4 de junio de 1978) y hace un balance lúcidamente crítico y solidario.

Ash Correa y John Downing analizan la modalidad y el contenido de la presencia de la clase obrera en los medios de comunicación burgueses y socialistas en Gran Bretaña. Para los primeros eligen los telediaros de noche de la BBC y de la IBA, así como el periódico *Daily Mirror*. Para los segundos, los periódicos marxistas: *Morning Star* —de obediencia comunista—, *Socialist Worker* y *Militant* —estos dos últimos de tendencia trotskista—. Comparados

con los *medios* burgueses citados, que son propiamente, medios de masa, estos tres diarios pueden considerarse como de comunicación grupal o alternativa. De las varias e interesantes conclusiones a que los autores llegan en su minuciosa exploración, quiero referirme aquí sólo a dos: en primer lugar, a la prevalencia de los estereotipos ideológicos creados, o aceptados, por la burguesía —economismo y humanismo— en la prensa comunista; y en segundo término la incapacidad de la información misma, vehiculada a través de los grandes sistemas de comunicación o de las nuevas tecnologías, de influir decisivamente en la lucha de clases.

Las cinco contribuciones españolas son, a mi juicio, de gran interés. La de Mar Fontcuberta enlaza con la que acabamos de comentar en cuanto que su campo temático es el mismo: la comunicación en el mundo del trabajo. Pero el enfoque de Fontcuberta es muy distinto ya que se propone cerner lo alternativo no en torno al cambio de contenido sino en la transformación de la estructura comunicativa, en la emergencia de una nueva relación emisor-receptor, opuesta tanto a la comunicación capitalista dominante como a la comunicación de los partidos de izquierda y de las centrales sindicales. Estudia para ello diversos Boletines de naturaleza absolutamente independiente, redactados y publicados por obreros de empresas industriales y mercantiles barcelonesas, tales como «El Port», «Estoy harto», «El Contestatario», «El Mercat del Peix», «La Fábrica», etc.; y también periódicos-murales, tipo «dazibao» chino, producidos en contextos laborales: una fábrica Seat, una residencia sanitaria de la Seguridad Social, etc. Para Mar Fontcuberta estas nuevas formas de comunicación responden a la necesidad de llenar el vacío informativo e intercomunicativo que no ha sabido colmar la comunicación partidista a la par que intentan satisfacer la demanda sobre temas de vida cotidiana. La perspectiva «asambleística», como lugar único de debate y decisión de los problemas colectivos, es pues la nota prevalente de la verdadera comunicación popular y alternativa para la autora.

Carlos Aguirre e Ignasi Riera, en sendos análisis, hacen objeto de su estudio la comunicación en los barrios. Su inclusión en este capítulo no pienso que exija mayores justificaciones, ya que el barrio se ha convertido, por una parte, en el terreno por excelencia de la lucha para la recuperación del espacio urbano; y por otra, en la oportunidad privilegiada para el desarrollo de la participación ciudadana, para el ejercicio de la voluntad colectiva. Se comprende por ello que una de las primeras afirmaciones de las fuerzas populares, de las organizaciones de base, hayan sido las asociaciones de vecinos y las comisiones de barrio.

Señalan ambos autores que frente a la ciudad como área de



explotación tenían que surgir, y han surgido, las organizaciones populares de barrios, reivindicándolos como el ámbito primero de su posible realización individual y colectiva. Frente a los barrios-dormitorio, puro aparcamiento de ciudades-vivienda, de estructuras urbanas impersonalizables y degradadas, donde no cabe la relación humana, ha aparecido la comunicación como forma de resistencia y de combate. Y la inaccesibilidad de los *medios* convencionales de comunicación ha empujado hacia la imaginación y creación de *medios* alternativos.

Carlos Aguirre construye una tipología de los mismos, articulada en cuatro grupos: a) medios de denuncia y reivindicación: pintada, cartel, pancarta, manifestación, pintura mural, pegatina, chapa imperdible, etc.; b) medios de información y de formación: panfleto, boletines y revistas de barrio, charlas, coloquios, conferencias, teatro popular, cine paralelo, video, etc.; c) medios de participación y formación: asamblea, asociaciones vecinales, ateneos y casas de cultura, asociaciones de amas de casa, ecologistas, feministas, etc.; d) medios de encuentro: fiestas populares, verbenas, rastros, rastriños, etc.

Ignasi Riera, en su contribución presentada en catalán, que esta edición, obviamente, conserva, comienza recordando las razones del dominio que ejercen en los barrios, los medios de comunicación más antipopulares, y en particular la TV, para referirse, luego, a las formas de comunicación alternativa, en dichos contextos, que encarnan los boletines de las Asociaciones de Vecinos de Barcelona, en la última época del franquismo: «Eixampla» en 1971, «Barris en lluita» en 1972, «Assemblea de Veïns» en 1975, etc. Centra después su reflexión en los problemas de la cultura alternativa, y de modo principal, en la necesidad de encontrar un lenguaje propio e inteligible, alejado tanto de los equívocos populistas, como elitistas, y cita como formas inequívocas e irrecuperables del mismo: los intentos para realizar olimpiadas populares por parte de los vecinos de Nou Barri o de Hospitalet, la lucha de los vecinos de Santa Coloma para conseguir un ambulatorio, la de los vecinos de Garraf contra la central nuclear de Cubelles, etc. Riera pasa después revista a algunas contradicciones: a la utilización de la actividad cultural para ganar adeptos políticos, a la mitificación del proletariado y del movimiento obrero convirtiéndolos en el «deus ex machina» del cambio cultural, a la exigüidad de la movilización popular en la lucha cultural, etc. Termina con una presentación valoradora de los ateneos populares y de las universidades paralelas, preguntándose, sin embargo, cuánto podrán durar y avanzar, si no apuntan, más decididamente, hacia la transformación global e institucional.

Cristina Peña-Marín y Ricardo Pérez García se ocupan de la

comunicación en las cárceles. De la mano de Michel Foucault y Erwing Goffmann analizan la estructura de relaciones interpersonales creadas por, y en, la institución penitenciaria desde tres ángulos distintos: a) la interacción comunicativa; b) el cuerpo; c) el lenguaje. Esta estructura, a su vez, se segmenta en dos grandes bloques: 1) relaciones del preso con el exterior; 2) relaciones intracarcelarias. Dentro de ellos, se contemplan una serie de roles-posiciones-comportamientos que los autores encuadran y exploran con pertinencia y eficacia. El cuerpo —y sus usos contra la norma: tatuajes, autolesiones, etc.— se transforma, por su parte, en instrumento de recuperación de la propia identidad frente a la normalización que supone la cárcel, en expresión de la voluntad de ruptura con el orden dominante, y, en este sentido, es *medio* de una auténtica comunicación alternativa. El lenguaje es, también, objeto de una corta, pero sugerente investigación en la que se nos presenta como vía de diferenciación y de especialidad, como plataforma de encuentros, coraza protectora, arma arrojadiza. Un comentario sobre la transferencia de funciones disciplinarias del universo carceral a los sistemas convencionales de *normalización social* —práctica actual de la psiquiatría, educación, asistencia social, etc.— cierra este estudio.

El Colectivo del «Centro de Mujeres de Federico Rubio» presenta un proceso particular de comunicación, el de la relación médico-mujer en las consultas ginecológicas de los Ambulatorios de la Seguridad Social. Esta relación, que, como advierten las autoras, hay, evidentemente, que situar dentro de la interacción genérica «enfermo/profesional de la medicina», la analizan desde el doble ángulo del ejercicio de la *consulta* ginecológica en el Ambulatorio y en el Centro, a través de las categorías *mujer* y *ginecólogo*, y apoyándose en las distintas situaciones-actitudes, en las que las mismas se traducen: la mujer como «paciente», la despersonalización de la mujer, la pasividad de la paciente, la malinformación, el individualismo, la titulación, la mercantilización. La comunicación distinta, alternativa, que representa esta nueva forma de colocar a las mujeres frente a su propio cuerpo, de hacerles tomar conciencia de él, de llevarlas a asumirlo como ámbito de placer y órgano de reproducción, de desmitificar las *capacidades* del profesional de la medicina en su trato con ellas, es para las autoras parte de la lucha feminista en la que militan y, a partir de la cual, adquiere sentido y valor.

El capítulo VI recoge seis contribuciones cuyo eje no lo constituye la novedad o la alternatividad del *medio*, ni la naturaleza del *contexto* en que se utiliza o de la lucha a la que sirve, sino la distinta andadura que adopta la comunicación, el aire diferente que



la envuelve, esa consonancia con los últimos signos del tiempo que, a falta de una designación más adecuada, he llamado nueva sensibilidad. En este sentido, lo que ponen de relieve Gómez-Mompart y Julien Blaine, al estudiar el «comic» y el «Mail Art», es que procedimientos tan cotidianos y banales como el TBO y el correo, pueden transformarse en vectores de un nuevo modo de transmitir mensajes, en caminos de una comunicación paralela. Por esta razón, aunque el análisis de Gómez-Mompart se centre en «Butifarra», que comenzó siendo, propiamente, una revista de barrio con propósito de militancia social y transformadora, no se ha incorporado al capítulo V sobre «Comunicación y luchas concretas», sino a éste, ya que pienso que su objetivo específico es examinar la dimensión nueva que ha adoptado, hoy, este tipo de historietas políticas.

De la misma manera, cuando Pérez Coterillo, Heras y Fernández Torres estudian el rol comunicativo del Teatro Independiente en la España actual, Mark Gottdiener la producción cinematográfica «clandestina» en U.S.A. como subcultura marginada, o Andras Szekfű la distribución alternativa en Hungría, de lo que se trata es de ver cómo una forma nueva de producirse colectivamente en una actividad comunicativa convencional —en estos casos, teatro y cine, respectivamente— conlleva un modo distinto de intervención social y acaba produciendo una nueva estructura intercomunicativa. Cuando los tres autores españoles nos relatan el periplo del Teatro Independiente, desde los Teatros de Cámara y Ensayo y los Teatros Universitarios de los años sesenta hasta los «Teatros de Base», de hoy, asistimos al surgimiento de un proceso de comunicación que no existía antes, y que se caracteriza por la aparición de circuitos alternativos, de espacios teatrales nuevos, de un público inédito, de un discurso teatral, que quiebra la línea dominante —social y teatral— e instaura un modo distinto de relación espectadores-actores-espectáculo.

#### IV. Experiencias

La conferencia de Cambrils, como queda dicho, no quería limitarse a ser un foro de teóricos, sino que aspiraba a servir de plataforma, en la que los hombres de la comunicación alternativa tuvieran ocasión de hablar de su trabajo y debatir de sus límites y posibilidades con los expertos y analistas. Para ello, parecía necesario presentar materiales de algunos procesos alternativos, con el fin de que el intercambio analítico tuviera la inmediata apoyatura de una práctica comunicativa *in vivo*. Por desgracia, dificultades técnicas, pero, sobre todo, las servidumbres de un presupuesto, ridicu-

lamente exiguo, limitaron esta tentativa experiencial a la presentación y discusión —eso sí, vehemente y abundantísima hasta las altas horas de la madrugada hispana— de diferentes films y producciones video.

Las sesiones y sus contenidos fueron los siguientes:

#### Jueves 25 de mayo

«Hacia un cine del pueblo» por Leonard Henny, documental de 16 mm. sobre los usos del cine como medio para la comunicación popular, producido por el Instituto de Sociología de la Universidad de Utrecht, de 35 minutos de duración.

«Contrainformación por medio del cine» por Pio Baldelli, de la Universidad de Florencia, presentación de dos ejemplos concretos de la utilización del cine para oponerse a una información oficial dominante.

«La hora de la liberación ha sonado» por Heini Srouer, documental en 16 mm. sobre la lucha de liberación del pueblo de Dhofar, de 60 minutos de duración.

#### Viernes 26 de mayo

«Votad, votad malditos» por Lorenzo Soler, de Catalunya, documental en 16 mm. sobre el primer día en que se votó después de la muerte de Franco.

«Blanco sobre Blanco» y «Del 3 al 11» por Antonio Artero, de Madrid, películas experimentales en 35 mm. de una duración de 40 minutos. La presentación de ambas películas fue interrumpida por el público después de 18 minutos de proyección como reacción a su no-contenido.

«Noticiari catalá: llibertat d'expressió», por un colectivo catalán, reportaje en 35 mm. sobre los mítines de solidaridad con los «Joglers», de 15 minutos de duración.

#### Sábado 27 de mayo

«Cárceles» por Cristina Peña-Marín, Ricardo José Pérez García, Rodolfo Ruiz Ligerero y Miguel Angel Sanz Bravo, de Madrid, reportaje video sobre la vida y problemática de los reclusos en la cárcel de Alcalá de Henares, de 76 minutos de duración.

#### Domingo 28 de mayo

«Som una nació», film colectivo de Barcelona, en super 8, sobre la manifestación que se realizó en Barcelona para apoyar la petición de Autonomía para Cataluña, de 20 minutos de duración.



«Presentación de Videogramas», realizados por el colectivo Video-Nou de Barcelona, sobre las luchas sociales y las condiciones de vida de diferentes grupos y sectores del área barcelonesa, de 60 minutos de duración.

«Selección de Videocintas», realizadas por la Fábrica de la Fantasía, de Londres y presentadas por John Hopkins que es uno de los directores de dicho Centro, de 30 minutos de duración.

No sé si pertenecen propiamente al campo de estas experiencias los comportamientos alternativos de que fueron actores, los participantes en la Conferencia y que, después de su aparición, sirvieron también de objeto de debate. Quiero anotar, aquí, sólo dos: la sustracción de los carteles de cine de una película americana, colocados en las paredes de la sala del Colegio Religioso en el que se proyectaron las películas de Antonio Artero; y la «intervención» de un nutrido grupo de participantes-mujeres, que la noche en la que se asistió al espectáculo del Teatro «El Molino» barcelonés, reaccionaron frente a los desnudos de las mujeres y el tapado de los hombres, con un sonorisimo e insistente coro de «abajo los pantalones, queremos ver conijones».

## V. Baudrillard: lo social desde el signo y el sentido

Los sociólogos y los comunicólogos, los científicos sociales «duros» administran, casi sin excepción, a Baudrillard el mismo tratamiento: la ignorancia, mientras pueden, luego, la sonrisa. Que cuando se formula suele traducirse en denominaciones como: sociología de salón, impotencia teórica disfrazada de brillantez metafórica, pirueteo estético de «gauche divine», juegos seniles d'enfant terrible de las modas últimas, vaciedad ideológica oculta tras una pastosa avalancha verbal, elitismo «iniciático» de intelectual del Left Bank... Como casi todas las reacciones de agresividad, también ésta tiene determinantes fóbicos. Explicables, Baudrillard —¿sabiéndolo, sin saberlo?— eleva a categoría de sarcasmo algunos de los supuestos cardinales de la Ciencia Social de la que viven.

No ocurrió, obviamente, así en Cambrils. Allí fue una de las referencias permanentes y el debate a propósito de su contribución supuso, tanto por la viveza de la confrontación como por la densidad del discurso, uno de los momentos cenitales de la Conferencia. El título provisional —«Ite massa est. Las masas contra los media»— era, en su desgarrado y caricatura, quizá más ilustrativo de su posición que el que luego adoptó y ha sido recogido en este libro. Su redacción en abril de 1978 fue paralela a la publicación de «A la sombra de las mayorías silenciosas» (17) y sus tesis tenían que ser las mismas. Tal vez en nuestro «paper» aparecen más fundidas las

dos fases de la implosión baudrillardiana, la del sentido en los medios y la de lo social en las masas, por la misma concisión del texto. Tal vez, por ello, también, el arrebato, contra la apelación a la productividad comunicativa de la base, a la espontaneidad de los «anti-media», a la palabra libre, es más vehemente y sonoro. En cualquier caso, en él asoman, más desnudamente que en otros escritos suyos, sus «aprioris» conceptuales, sus opciones teóricas, sus obsesiones ideológicas. Lo que aumenta su interés.

Baudrillard, en «Sistema de los objetos» comienza, *sine ira et studio*, el doble periplo, que ya no abandonará, a lo largo de toda su obra, en torno al signo y al valor. Pero poco después, en «Para una crítica de la Economía política del signo» y en «La sociedad de consumo, sus mitos, sus estructuras», la reflexión se le encocora, se le agudiza y se muda en práctica de demolición sistemática de aquellas estructuras explicativas en las que las dos categorías mencionadas figuran como soportes principales. Esa cruzada de exterminio (término predilecto del autor) que tiene como objetos favoritos, el marxismo, la semiología y el psicoanálisis, va produciendo los artefactos que su acción reclama: la reversibilidad, la simulación, la revolución estructural, los tres órdenes del simulacro, la fascinación, el intercambio simbólico, la implosión, el desafío, el hiperconformismo, etc. Instrumentos que van constituyéndose, autoperfeccionándose en las diferentes exploraciones de objetos que emprende, las pintadas en los autobuses neoyorquinos, el cuerpo, el Witz, el Centro Beaubourg, etc., y que son, al mismo tiempo, materia y forma de su implacable lucha contra el sentido, de la intrasigente subversión del valer y del significar.

Su resultado es la emancipación del signo, liberado de la servidumbre de tener que designar alguna cosa, rotas las cadenas que le enyugaban al referente, disponible para una combinatoria general, para una conmutación universal, para el juego estructural que rige la indiferencia significativa y que desemboca en la indeterminación total.

El valor, por su parte, rompe también las amarras de la equivalencia. No se trata de establecer la preeminencia del valor de cambio sobre el valor de uso, que Marx, en gran medida, había impuesto ya, sino de autonomizar la dimensión estructural que sólo puede autoinstituirse en imperativo teórico sobre la muerte de la mercancía, sobre la neutralización de la equivalencia de los contenidos económicos «reales», sobre el aniquilamiento de la utilidad funcional.

Baudrillard escribe en su obra mayor: «La Economía política del signo era, con todo, el resultado de ampliar la ley mercantil del valor y de someterla a verificación, a nivel de los signos. Por el



contrario la configuración estructural del valor clausura, sin más y al mismo tiempo, el régimen de la producción y de la economía política, y el de la representación y los signos... Fin, por tanto, de la dialéctica signifiante/significado, que permitía la acumulación de saber y de sentido, el sintagma lineal del discurso acumulativo. Fin simultáneo de la dialéctica valor de cambio/valor de uso que hacía posible la acumulación y la producción social. Fin de la dimensión lineal del discurso. Fin de la dimensión lineal de la mercancía. Fin de la era clásica del signo. Fin de la era de la producción» (18).

Entramos, pues, de lleno en la fase de la simulación, en la que los signos y el valor ya no se intercambian contra lo real, sino que se intercambian entre sí, en una indiscriminación sin límites, en la que términos antes contradictorios, o, dialécticamente, opuestos, han accedido a una conmutabilidad total. Todo es pues indecible, la indeterminación es el único principio teórico, la única constante analítica.

Para llegar hasta aquí hemos recorrido el largo arriate de los tres simulacros. El de primer orden, que se apoya en la ley natural del valor, cuyo esquema dominante es la contrahechura y que señorea la época «clásica» desde el Renacimiento a la Revolución industrial; el de segundo orden, con la ley mercantil del valor y la producción como figura cimera de la era industrial; y finalmente el de tercer orden, con la ley estructural del valor y la simulación, imperiosamente derivada de la supremacía del código, como conducta generalizada e indeclinable de nuestra contemporaneidad.

La simulación no podía dejar incólume a lo real. Al contrario. Su trabajo de «satelización de lo real», de derribo del principio de realidad desemboca en su destitución y suplantamiento por el hiperrealismo, esa minuciosa e inacabable reduplicación de lo real, que de reproducción en reproducción, de medio en medio, diluye la realidad en su modelo, se fetichiza como objeto de su objeto, cierra el ciclo de su reproductibilidad al quebrar la equivalencia de lo reproductible y lo reproducido, y se autoconsume en el éxtasis interior de su propia denegación objetivada.

Hemos llegado al término. Pero Baudrillard no ceja en su voluntad de *ex-terminar*. «Contra el sistema hiperrealista, la única estrategia posible es parafísica, o sea una ciencia de las soluciones imaginarias, una ciencia-ficción de la lucha del sistema contra sí mismo, llevada al límite extremo de la simulación, de una simulación reversible en una hiperlógica de destrucción y de muerte» (19).

Estas pautas de desagregación, estos mecanismos de anonadamiento presiden el análisis de Baudrillard en nuestro tema. Fiel a la obligación simbólica de la reversibilidad, la aplica, con brillantez

y minuciosidad, al campo de la comunicación. Sus consecuencias eran predecibles: cuanto mayor cantidad de información, cuanto mayor valencia comunicativa, mayor pérdida de sentido, mayor deterioro de la significación; cuanto más grande es el desarrollo institucional de la sociedad, cuanto más intenso es el proceso de socialización, más retrocede lo social, más se degrada su propia sustancia.

La información subvierte sus propios contenidos, los entropiza. Sus productos no son el sentido y lo social sino una especie de «nebulosa indescifrable». Los media no son vectores de circulación informativa sino promotores de la implosión de lo social en las masas. Ni los contenidos, ni los *medios* pueden ser agentes revolucionarios, sólo marineros de su naufragio. En el horizonte de la comunicación sólo puede inscribirse la bancarrota del sentido, la catástrofe de lo social.

Agonista de esta catástrofe salvadora es la «mayoría silenciosa», la masa, las masas. Ni sujeto, ni objeto, inmanipulable, imprevisible, sin conciencia y sin inconsciente, la masa recibe los signos, los mensajes y los absorbe, los disuelve sin eco, sin respuesta. La masa *hace masa* conduce el flujo informativo en una circularidad perfecta, reinstalando lo social en su pura transparencia. La fuerza de la masa es la de su silencio. Su indiferencia no es enajenación, su pasividad no le es impuesta, su espontaneidad no es la raíz de su esperanza. Su mañana es su hoy, su potencia es su inercia.

Las masas no tienen nada que decir, nada que protagonizar, nada que salvar. Y en ello reside precisamente su condición salvífica. Porque ahora la amenaza más grave del sistema no es la que quiere reducirnos a objetos, pues que toda nuestra articulación defensiva se alza frente a ello; sino la que nos insta a la participación, la que nos apremia al protagonismo. El alistamiento en la palabra, la optimización del sentido, la toma de conciencia, la personalización de la historia son los elementos decisivos de la táctica de recuperación, basada en lo «popular» en que se apoya hoy la clase dominante. Por eso nuestra estrategia debe ser la resistencia al sentido, la resistencia a la palabra, la reivindicación de la condición de masa.

Hasta aquí, en apretada andadura los principales temas y procesos de la construcción baudrillardiana. Frente a los que es necesario situarse, aunque sea en trámite de telegráfica urgencia y limitándonos a nuestro propósito presente: lo social y el sentido, comunicación y sociedad, en su mutua autodefeción afirmativa.

Baudrillard no se encara nunca con lo social frontalmente, sino por acotamientos negativos y metafóricos, a pesar de lo cual, pienso que podría definirse, como la formalización de la red de *instancias*

*abstractas* del vivir colectivo, como la estructura racionalizadora de las prácticas institucionales en que se enmarcan los comportamientos individuales dentro de la existencia comunitaria. Su oposición al orden simbólico y ritual de las sociedades primitivas dibuja el único espacio de su posibilidad: el de la teleología de las relaciones sociales, que, convergentes o conflictivas, instauran la disciplinada dinámica de la racionalidad genérica en la «perspectiva panóptica».

Ahora bien, ¿el espacio perspectivo qué es, sino un modelo de simulación? Por lo que, añade el autor, las cosas no han podido funcionar nunca socialmente, sino simbólicamente, mágicamente, irracionalmente. La sociedad, al realizarse —al socializarse—, liquida lo social: «Lo social no es superfluo e inútil —ya que allí donde aparece oculta otra cosa: desafío, muerte, seducción, ritual, repetición—, sino que esconde que es sólo abstracción y residuo, o, simplemente, efecto social, simulación, engaño» (20).

Esta condición autodisolvente, desagregante de lo social, le viene de que, lejos de ser la trama de interdependencias, la estructura de solidaridades que fundamenta lo colectivo, es una agregación desagregada. En ningún lugar aparece con tanta claridad este concepto de lo social como en la configuración de la categoría de masa. Para Baudrillard, la definición sociológica convencional de masa sería «la suma ilimitada de individuos equivalentes: 1 + 1 + 1 + 1...» (21), a la que contraponen la suya «como reunión de partículas individuales... de objetos intersticiales, de montones cristalinos que dan vueltas y se cruzan en un claro-oscuro cerebral» (22), «realidad difusa, descentrada, browniana, molecular» (23), «sin atributos, sin predicado, sin calidad, sin referencia... que nada tiene que ver con población *real* alguna» (24). La masa es, pues, la coincidencia arbitraria de elementos —¿personas?— cuya tangencia ocasional en nada afecta su hermetismo ni la autonomía de sus imprevisibles comportamientos.

Las tres hipótesis que expone el autor (25), para explicarnos el fin de lo social —lo social, en el fondo, no ha existido nunca; lo social existe por antonomasia y este exceso en el existir es la causa de su proliferación autoconsumitiva; lo social existió en el simulacro de segundo orden y ha dejado de existir en el simulacro de tercer orden— lo que muestran no es el curso que finaliza su existencia, no es el trazado terminal (simulación/disuasión/implosión) de su ejercicio, *no es la razón de su fin, sino la imposibilidad de su principio*.

No cabe saturnizar lo social, como pretende Baudrillard, porque el vacío no puede autodevorarse. No cabe hiperrealizar lo social, mediante su abolición, porque sus signos son transparentes y su representación indiscernible. La mutuoimpenetrabilidad de los ele-

mentos de lo social, la imprescriptible necesidad de su circular paralelo, la autosuficiencia como su único despliegue posible, garantizan que lo social no pasará de ser una amenaza. Ni como residuo, ni en la redención provisional del simulacro de segundo orden, lo social puede ser otra cosa, en estrictos términos baudrillardianos, que la agitación, y sus huellas, del incesante acontecer de los individuos-mónadas. Agitación inevitable e inútil.

Desde esta perspectiva atomista de lo social, desde este enclausuramiento como fundamento y destino del ser propio y del de los demás, se entiende que la comunicación incomunique. Si los canales que se podrían relacionar unos núcleos con otros son torrenteras que se escapan hacia su propio fondo, que se ensimisman en sus propias fluencias y revierten hacia sus propias fuentes, es evidente que su multiplicación sólo puede aumentar el aislamiento y el silencio. La explosión de la información es implosiva del sentido, la información es autofágica, porque sólo puede operar, o en la clausura de cada elemento solitario, o en las derivaciones inapresables del espacio intersticial que queda entre ellos. Esta comunicación en circuito cerrado es el *doble* del circuito cerrado que cada elemento es.

En su intangible soledad monádica, los elementos —¿los hombres?— que constituyen —¿pueblan?— lo social, no pueden ni dar ni recibir, y por ello el don, toda ideología del don (26), sea humanista, libertaria, cristiana, etc., tiene como función esencial la de legalizar y consolidar el poder. Por esta razón, la única antiestrategia posible es el contra-don, la reversibilidad del intercambio simbólico.

La suplantación de lo real por su modelo, la precesión de los simulacros, la hemorragia del sentido en los media, la implosión de lo social en las masas, son nombres y modos diversos de una sola y misma cosa: el vértigo especular del Homo clausus, la omnipotencia de la autocontemplación en la que está, el holocausto que su persistir exige. El fin de lo social, que nos anuncia Baudrillard, es la tautología de su prescrita ausencia.

Para entender este social/no-social hay que situarlo en la cuadratura que le corresponde: la de las Ciencias del comportamiento. Porque sorprendentemente —¿o no?— Baudrillard comparte la perspectiva behaviorista en la que la sustantividad de lo social se ciñe literalmente a lo psíquico, su *común* es su *individual*, su virtualidad unitiva —relación social— se limita al adosamiento de exterioridades. Ahora bien, alojar a los individuos en la pura contigüidad de lo yuxtapuesto, como polarizaciones suficientes que se encapsulan en un círculo abstracto, supone obturar el venero de lo social. Por ello, frente a este atomismo social hay que afirmar que para que la sociedad pueda existir, los individuos tienen que ser, en



sí y desde sí mismos, sociedad. El hombre no es una mónada que coincida eventualmente con otras mónadas, ni siquiera un animal social, el hombre es *ya* lo social.

Dicho de otra manera, para que el otro pueda ser *otro yo*, y que ese otro yo pueda ser un «para otro» desde mí y yo pueda ser un «para otro» desde él, para que no seamos objetos-partículas sino «alter-egos» que puedan comunicar entre sí, es necesario que el ego y el alter existan previamente en una complicidad originaria que Husserl (27) llamó intersubjetividad; que entre ellos se dé una distinción primordial cuyo origen empírico situaba Merleau-Ponty (28) en la infancia y que calificaba como sociabilidad sincrética. Para que ese otro, sea otro yo, para que ese yo sea un tú, y ese tú un contigo, para que haya un nosotros, y el todos sea la tierra original de los posibles uno(s) con otro(s) es indispensable que los yos tengan como principio constitutivo su mutuo-intra-atingencia, su reciprocidad entitativa.

La obstinada ceguera de Baudrillard frente a lo solidario es consecuencia de su deslumbramiento por lo individual. Su militancia contra lo colectivo deriva de su enrolamiento en el imperialismo del sujeto. La fascinación por la propia subjetividad provoca la autocomplacencia en su confinamiento que sutura el horizonte de «los otros» y cancela definitivamente la abertura hacia «los demás». Lo grave nos dice Baudrillard no es que el sistema nos utilice como objetos de consumo sino como sujetos de la historia, que nos quiera manipular desde nuestra condición de protagonistas de nuestra propia acción. Y aquí la vehemencia de su denuncia adquiere tonos patéticos. Porque es un ámbito —el del sujeto— en el que el autor no puede admitir ni amagos de competencia, ni litigios de soberanía. Frente a esta radicalidad en el planteamiento y en la argumentación, los intentos de contestación de lo social, a que asistimos en estas tierras, lanzados desde el tibio hedonismo paracadémico y desde el individualismo de receta de nuestros jóvenes ensayistas, tienen que parecer balbuceos de infante. Su consuelo podría ser que comparten con Baudrillard la seguridad de que el individuo-sujeto es lo más importante, lo único importante. Agreguemos para su confortación que eso, ya lo había dejado escrito Malraux, antes de ser ministro gaullista: «le moi, ce monstre préférable à tout».

La irrestrictiva voluntad de negación teórica de Baudrillard, su gozoso pesimismo basal e irrecuperable tiene como forzoso antípoda, como ineludible contrapunto práctico el «pasotismo» de nuestro comportamiento colectivo, por el que las masas, cada uno de nosotros, «pasan», «pasamos», como productores de lo social, como consumidores de comunicación, como agentes del hacer comunitario. Ahora bien, ¿qué sentido puede tener hablar del «pasotismo»

como afirmación colectiva, como forma de resistencia de la masa, cuando el repertorio de actitudes y de acciones colectivas posibles es cada día más exiguo y está cada vez más rigidamente condicionado por los intereses de los núcleos hegemónicos y por los modelos que los mismos generan y difunden, cuando nuestra docilidad a los comportamientos que sus paradigmas nos imponen es cada día más absoluta? El hiperconformismo como pauta de combate que nos ofrece Baudrillard, no es una respuesta, sino una coartada. La exaltación dionisiaca del sujeto postula, a nivel teórico, la extraterritorialidad de su reino, y, a su nivel práctico, su neutralidad, su no-beligerancia. El pasotismo, modo de su realización no social sino *en lo social*, es el precio que el sujeto paga para mandar en su casa, es la prueba de su vasallaje al sistema dominante, es, sobre todo, la caución que ofrece de su inocuidad colectiva.

Pero toda renuncia es dolorosa. El autoconfinamiento del sujeto baudrillardiano necesita un nuevo equilibrio, una nueva frontera. Esta es la palabra. La palabra no como vehículo, soporte, canal, conducto, apoyo, cauce, materia, cárcava —múltiples, precarios, fungibles, intercambiables— sino como entidad en sí y para sí, como existencia indegradable en su propia saciedad de sí misma, como singularidad circulante e inviolable que propaga, repite, perpetúa, *fuera*, la inmarcesible singularidad y prepotencia del sujeto, *dentro*. La palabra, no como lo que *significa* y *vale*, sino como lo que *es*; la palabra no por y para algo, sino por y para sí misma. La palabra como destino, culminación, cumplimiento. Baudrillard o la consagración de la palabra. Baudrillard o la apoteosis del sujeto en su palabra. De su *decirse*. Del escritor.

## VI. Conclusión provisional

La épica del medio ha muerto. Hemos dejado escrito más arriba que en Cambrils la opinión mayoritaria, casi unánime, era la del entroncamiento entre medio y contexto. El año transcurrido, desde entonces, no ha hecho sino confirmar esta tendencia. Tomas Ferenzi titulaba un artículo publicado en *Le Monde*, el 28-29 de enero de 1979, «Les radios-libres pourquoi faire?», formulación tan explícita que no necesita comentario. Michel Fansten, en su último trabajo (29) insistía en la misma línea. E incluso la reunión de Toulouse de la Federación de Radios Libres de Francia, los días 20 y 21 de enero de 1979, a pesar de tener lugar en plena represión estatal de su actividad, entró de lleno en la problemática de la función, sentido y alcance de las radios-libres, más allá de la simple conquista de su derecho a existir.

Ese es también el cogollo del *dossier* que aquí se presenta. Curados del entusiasmo por lo nuevo, del deslumbramiento de la «gadgetización», queda en pie el viejísimo problema del fin y los medios, su coherencia funcional, su conciliación ética e, en decir, colectiva. Las sutilísimas discusiones intraintelectuales e intraeuropeas (que es casi lo mismo) sobre cuáles sean los dinteles de alternatividad de un medio en cuanto tal, provocaron en Cambrils la compacta reacción de los tercermundistas —Fernando Perrone, Michèle Mattelart, Jorge Jesuino Correia, Daniel Prieto Castillo, Heini Srour, Manuel Braga da Cruz, Ash Correa, etc.—, reacción que tiene su fundamento en el convencimiento, en su caso, explicablemente exacerbado, de que la alternatividad debe hacerse depender de su término (objetivo), no de su origen (instrumento).

La perspectiva del *medio en sí*, confrontada a la dinámica de su rápida usura y/o a la todopoderosa capacidad de reciclaje de las modernas estructuras de dominación social, nos llevan a la conclusión paradójica con que Paolo Fabbri, desde el caso italiano, contestó a los argumentos de los defensores franceses de las radios libres, a saber: la pasión lúdica, estimulada desde el sistema por razones de manipulación —*panem et circenses*— y, sobre todo, de mercado, desemboca en el paradigma del radioemisor que es su único radio-oyente.

Pero tal vez, en ningún otro caso, sea tan patente la conexión entre *medio*, *fin* y *contexto*, como en el de Radio Verte Fessenheim que nos presentó Bischoff y del que hemos hablado ya. Cuando el autor escribe que RVF no es una iniciativa individual de unas cuantas personas que quieren divertirse, sino el resultado de la lucha de todo un pueblo por su supervivencia, no está haciendo una frase sino describiendo un hecho. Durante la emisión que tuvo lugar el 3 de mayo de 1977, la policía alemana cercó la montaña desde la que se emitía —era un territorio de la RFA— y un helicóptero de la Gendarmería vino a reforzar la caza. Sin que pudieran detener a un solo hombre ni confiscar material alguno. La solidaridad de los agricultores de la zona fue completa y la victoria de RVF, total.

La confrontación de las diferentes perspectivas que se expresaron en Cambrils parece llevar pues a la siguiente doble conclusión: en primer lugar, que no hay posibilidad de pronunciarse, con carácter absoluto, sobre la condición universalmente alternativa de ningún medio ni de ningún contenido; y, en segundo término, que ambas concepciones acaban haciendo depender la validez y urgencia de lo alternativo de la interrelación y mutuoperinencia entre las características del *medio*, la naturaleza del *fin* y las condiciones del *contexto* social en que se produce e interviene la comunicación. La

dimensión determinante de ese esquema tripolar es, en todos los casos, el de su antagonismo con el sistema dominante.

Pero esta pauta genérica tiene, a su vez, una posible quiebra, porque si lo que caracteriza a lo alternativo es su impugnación de lo dominante, ¿qué sucede cuando el primero se convierte en segundo y lo que ayer era alternativo pasa hoy a ser dominante? Y en términos más específicos, ¿qué ocurre cuando el grupo o pueblo que luchaba por su liberación triunfa y se convierte en *poder* en su comunidad o país?, ¿puede, entonces, seguirse hablando de comunicación alternativa?

Aquí emerge lo popular y se instituye en piedra angular de todo el discurso. Lo alternativo o es popular o se degrada en juguete y/o en máquina de dominio. Y popular quiere decir que hace posible la expresión de las aspiraciones y expectativas colectivas producidas por y desde los grupos sociales de base. Tanto mayoritarios como minoritarios, tanto a nivel patente como latente. La comunicación y lo social son caras de la misma realidad y comparten el mismo destino. Las alternativas populares en la comunicación no tienen por qué librarse, y no se libran, de la contradicción fundamental de lo social, o sea, la que se produce entre el derecho de los más a dirigir y el derecho de los menos a participar, entre pluralismo y eficacia, entre espontaneidad y gobierno. Estos son los límites de su posibilidad. Esta es la servidumbre de su grandeza.

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) Giovanni Bechelloni e Franco Rositi: «Il Sistema delle Comunicazioni di Massa in Italia», en «Problemi dell'informazione», No 1, Gennaio-marzo 1977, págs. 29-45.
- (2) José Vidal-Beneyto: «Las Ciencias de la Información en la Universidad española», Editorial Zyx, Madrid, 1973.
- (3) Edgar Morin: «Nouveaux courants dans l'étude des Communications de Masse», rapport roenotypé, UNESCO, SHC/CS/158/5 y 67-68/CLT/13.000/33.3111, 24 páginas.
- (4) M. Berg, Pertti Hemanus, Jan Ekecrantz, Friends Mortensen y Preben Sepstrup: «Current Theories in Scendinavian Mass Communication Research», GMT, Denmark 1977.
- (5) Kaarle Nordenstreng: «Recent Developments in European Communications Theory» in Diogenes n.º 92, pág. 113.
- (6) Leo Bogart: «Silent Politics — Polls and the Awareness of Pu-



blic Opinion», John Wiley and Sons, New York 1977; y Derek Phillips, «Abandoning Method», Amsterdam, 1977.

(7) Las críticas son abundantísimas, citemos sólo una, vieja ya de 10 años: Olivier Burgelin: «Structural Analysis on Mass Communications, Studies of Broadcasting, Radio and TV Culture Research Int., Nippon Mosokyokay, 1968, n.º 6.

(8) Alex S. Edelstein: «Perspectives in Mass Communication», Copenhagen, Einar Harcks Forlag 1966.

(9) Bernard Berelson: «Sociology in action: «In Population and in General» in Arthur B. Shostek (ed.). «Sociology in Action, Case Studies in Social Problems and directed Change»; The Dorsey Press, Homewood, III. 1966.

(10) Vid. Guy Hennebelle: «Le cinéma militant français» in: «Cinéma d'aujourd'hui», n.º 5-6, Filméditations, Paris, 1977.

— Baert Hogenkamp: «Our History», London, 1978.

— Gy Hennebelle et Daniel Serceau: «L'irrésistible ascension du cinéma militant» in «Ecran» n.º 31, Décembre 1974.

— Daniel Serceau et Guy Hennebelle: «Cinemas militants: de commencement en commencement...», in: «Autrement», n.º 17, Février 1979, Seuil, Paris.

(11) Para comprender la tentativa italiana que analizan Richeri y Cesareo, conviene situarla en el marco de la práctica actual de los grandes sistemas televisivos y en los esfuerzos y proyectos que buscan su apertura y transformación. En este sentido puede remitirse el lector a:

BOWER, Robert T.: «Television and the public». New-York, N. Y., Holt, Rinehart and Winston, 1973.

BROWN, Lee: «Television: the business behind the bos». New York, N. Y., Harcourt Brace Jovanovich, 1971.

CAVALLI-SFORZA, DONATI, E. WANS: «Réseaux indépendants de TV en Italie» Conseil de l'Europe, 1976, CCC/DC 92, ronéo.

COLEMAN, Francis: «Social Action in Television», London, 1975.

DUNN, Richard: «Swindon Viewpoint, un Service de TV communautaire». Conseil de l'Europe, 1976, CCC/DC 98, ronéo.

GAUTHIER, G.; PILARD, P.: «Télévision passive, télévision active». Paris, Tema-Editions, 1972.

GREEN, T.: «The universal eye: World television in the Seventies». London, The Bodley Head Limited, 1972.

GROOMBRIDGE, Brian: «Television and the People». London, Panguin Books Ltd, 1972 (Penguin Education).

GROOMBRIDGE, Brian: «Television and Participation». Strasbourg, Council for Cultural Co-Operation, Council of Europe, 1973.

HALLORAN, J. D.: «Training in the critical reading of television language; the implication of media research for cultural policies». Report of a Colloquy held under the auspices of the Council of Europe and organi-

zed by the Centre for Mass Communication Research, Univ. of Leicester, 1974, Conseil de l'Europe, Strasbourg (France).

HÖFER, W. (ed.): «Fernsehen im Glashaus». Düsseldorf und Wien, Econ. Verlag. GmbH, 1972.

KINGSBURY, A. J.: «The place of radio and television in area socio-cultural animation». Strasbourg. Committee for Out-of-School Education, Council of Europe, 1973.

Mac LUHAN, Marshall: «Television in a new light». In: Stanley T. Donner (ed.) «The meaning of commercial television». Austin, Texas, Univ. of Texas Press, 1967.

SHAMBERG, M; Raindance Corporation. «Guerrilla Television». New York, N. Y., Holt, Rinehart and Winston, 1971.

TVTV: «The Prime time Survey. TVTV of the future». San Francisco, TVTV Inc. 1974.

WANGERMEE, R.; Lhoest, H.: «L'après-télévision». Paris, Librairie Hachette, 1973.

WILLIAMS, Raymond: «Television: technology and cultural form». London, Fontana/Collins, 1974.

(12) Sobre las posibilidades de establecer una comunicación abierta, vid.:

FAENZA, Roberto: «Senza chiedere permesso: come rivoluzionare L'informazione», Milano, Feltrinelli Editore, 1973.

FORBES, D.; TOOLEY, W. and D. CAMERON: «Opening the closed circuit». Don Mills, Ontario, United Church Publishing House, 1974.

GENTIL, G.; GIRARD, A.; GIRARDIN, L y M. NAIRBAITS: «New Media and sociocultural community development». Estrasburgo, Council for Cultural Cooperation, Council of Europe, 1974.

«Libres Antennes, Ecrans Sauvages. Toutes ces expériences et batailles, hors télé: l'audiovisuel pour «communiquer». Revue AUTREMENT, Paris, Edit. Le Seuil, n.º 17, février 1979, 248 págs.

MANDELBAUM, Seymour: «Community and Communications» — New York, N.Y., W.W. Norton, 1972.

MESTHENE, E.: «The social implications of Technology». Summary of a Paper read to a Symposium at Ditchley Park, November 1970, International Broadcast Institute, London (G. B.).

WILENSKY, Harold L.: «Mass coeity and mass culture: interdependence or independence?» — In: Gaye Tychman (ed.): «The TV establishment: programming for power and profit». Englewood Cliffs, California, Prentice Hall, 1974.

(13) Para comprender lo que representó la televisión por cable, pueden verse:

BAER, Walter S.: «Cable television in the United States. Revolution or evolution». Santa Mónica, California, Rand, febrero 1974 (Rand Paper Series).

CARPENTER, Polly: «Cable television: uses in education». Santa Mónica, California, Rand 1973 (Rand Publication, R-1.143).

MURDOCK, Graham: «The economic context of cable television». Paper delivered to the Standing Conference on Broadcasting Conference on Cable Television, November 1973, London, Great-Britain.

POOL, Ithiel de Sola: «Prospects for and demand media». In: I. de Sola Pool (ed.): «Talking back: citizen feedback and cable technology». Cambridge, Mass., MIT Press, 1973.

SLOAN COMMISSION: «On the cable: the television of abundance». Report of the Sloan Commission on Cable Communications, New York, McGraw-Hill Book Company, 1971.

STEINER, Robert L.: «Visions of cablevision». Cincinnati, Ohio, Stephen H. Wilder Foundation, 1972.

TATE, C. (ed.): «Cable television in the Cities». Washington, D. C., The Urban Institute, 1971.

(14) De la abundante bibliografía existente ya sobre el sistema video, merecen destacarse:

BAUER, Thomas A.: «Développement de la Cultura par la Vidéo: expériences autrichiennes». Conseil de l'Europe, CCC/DC 94, 1976, ronéo.

DROUARD, Hervé: «L'utilisation du vidéo-bus Jeunesse et Sports». Paris, Thèse 3e cycle, Sorbonne.

FLICHY, Patrice: «Les groupes vidéo face au vidéo-consensus». Conseil de l'Europe, 1975.

GAUDEMAR, A. de: «La vidéo: apprentissage de la liberté ou ciment artificiel». In: «Autrement», Paris, Ed. Le Seuil, 1976, n.º 5, páginas 63-76.

GWYN, S.: «Film, video-type and social change». A Report on the Seminar, Extension Service, Memorial University of Newfoundland, 13-24, March 1972, Canadá.

HOPKINS, J.; EVANS, C.; HERMAN, S.; KIRK, J.: «Video in community development». Journal of the Centre for Advanced Television Studies, vol. 1, n.º 1, enero 1973, CATS, London.

HOPKINS, J.; GUNN; MARTIN: «Video and Decision-Making» — Conseil de l'Europe, 1975, CCC/DC, ronéo.

INGELSTAM, Margareta: «Wither video? Commercial commodity or common property». In: Current Sweden, n.º 162, Stockholm, 1977.

STAR, Barbara: «The effects of Video-tape. Self-Image Confrontation on Helping Perceptions». In: Journal of Education for Social Work, 1977, vol. 13, n.º 2.

WHITE, John & Mary SHERIDAN: «The Albany Video-Project». Annual Report. London, 1977.

WILLENER, A.; MILLIARD, G.; GANTRY, A.: «Vidéo et société virtuelle». Paris, Tema Editions, 1972.

(15) El estudio del fenómeno de las radios libres es reciente y debe ponerse en conexión con los grandes sistemas radiofónicos. En este sentido, vid.:

CHANIAC, R.; FLICHY, P.; SAUVAGE, M.: «Les Radios Libres en Europe». Documentation Française, Paris, 1979.

FAENZA, R.: «Le phénomène radio en Italie» — Conseil de l'Europe, 1976, CCC/DC 93, ronéo.

GUATTARI, Félix: «Les Radios Libres Populaires» — In: La Nouvelle Critique, Paris, Juillet 1978.

HINSHAW, Mark L.: «Wiring Megalopolis: two scenarios». In: George Gerbner et al. (eds.): «Communications technology and Social Policy», New York, N. Y., John Wiley, 1973.

KINGSBURY, A. J.: «The place of radio and television in area of socio-cultural animation». Strasbourg, Committee for Out-of-School Education, Council of Europe, 1973

LEWIS, Peter M.: «Different Keepers: Models of structure and finance in Community Radio». Tavistock, London, 1977.

NORDENSTRENG, Kaarl: «Policy planning. A finnish solution to broadcaster researcher cooperation». Paper presented in the International Seminar on Broadcaster/Researcher Co-operation in Mass Communication Research, Centre for Mass Communication Research, University of Leicester, 17-21 December 1970, Leicester.

RUBIN, David M.: «Short circuit in the wired nation». «More», September 1973.

SMITH, Ralph L.: «The wired nation» — New York, N. T., Harper and Row, 1972 (Harper Colophon Books).

SOULE, L. & V.: «Radio participation et Développement socio-culturel» — Conseil de l'Europe, 1976, CCC/DC 96, ronéo.

(16) Las experiencias concretas de comunicación local han producido ya una vasta bibliografía. A continuación me refiero a cinco estudios muy recientes que me parecen particularmente relevantes:

BARBIER-BOUVER, J. F.; BEAUD, P., y FLICHY, P.: «Communication et Pouvoir, media de masse et media communautaires au Québec». Paris, Anthropos, 1978.

BEAUD, P.; WILLENER, A., y MILLIARD, G.: «TV locale et animation urbaine», Verve, Suiza, Edit. Delta, 1976.

BERRIGAN, Frances J.: «L'accès à la Communication. Quelques Modèles occidentaux des Media Communautaires», Unesco, 1977, Paris.

COURON, Jean-Luc: «Les media communautaires au Québec» — Paris, Thèse 3e cycle Ecole Pratique des Hautes Etudes.

LITWIN, Howard: «On new neighborhoods. Community work and Video tape». Jerusalem, 1977.

(17) «A l'ombre des majorité silencieuses ou la fin du social» — Cahiers d'Utopie, 4; Utopie, Paris, comenzó a distribuirse en mayo de 1978.



(18) «L'Echange Symbolique et la Mort» — N.R.F., Edit. Gallimard, Paris, 1976, pág. 20.

(19) «L'Echange Symbolique et la Mort» — Ibid., pág. 12.

(20) «A l'ombre des majorités silencieuses...», ibid., pág. 95.

(21) «A l'ombre des majorités silencieuses...», ibid., pág. 15.

(22) «A l'ombre des majorités silencieuses...», ibid., pág. 12.

(23) «A l'ombre des majorités silencieuses...», ibid., pág. 49.

(24) «A l'ombre des majorités silencieuses...», ibid., pág. 14.

(25) «A l'ombre des majorités silencieuses...», ibid., págs. 100 a 123.

(26) «L'Echange symbolique et la Mort», *ut supra*, pág. 73.

(27) Edmund HUSSERL: «Méditations Cartésiennes». Paris, Librairie Philosophique J. Vrin, 1947, págs. 74-128.

Edmund HUSSERL: «Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie», Martinus Nijhoff, Haag, 1954, páginas 185-190 y 269-278.

Edmund HUSSERL: «Ideen zur einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie», Martinus Nijhoff, Haag 1952, págs. 340-366 y págs. 377-393.

(28) Maurice Merleau-Ponty: «Phenomenologie de la perception», Paris, Gallimard 1945, págs. 414-416 y 490-493.

Maurice Merleau-Ponty: «Les relations avec autrui chez l'enfant», Cours 1950-51.

(29) Michel Fansten: «Dossier sur les Radios Locales», publicado en la Revista «Problemes Politiques et Sociaux», 19 Janvier 1979, La Documentation Française, Paris.

# I

## PERSPECTIVA TEORICA GENERAL